

## LA SEÑORA PAULINA

**(Don Chuma)**

Era día de feria libre. A cuatro cuadras de nuestra casa se instalaban los puestos de venta de frutas, hortalizas y verduras; todo el barrio se derramaba en esa feria buscando lo mejor y lo más barato; no estaban los tiempos para malgastar, ni siquiera, unas monedas. Junto a Maritza, nos preparábamos para ir a comprar cuando escuché su pregunta.

- ¿Llamaste a la señora Paulina?
- No, disculpa, lo había olvidado. La llamo enseguida.

Fui al living y tomé el teléfono; marqué su número y esperé unos segundos.

- ¿Aló?
- Señora Paulina, buenos días. Le habla su vecino Andrés. Vamos saliendo hacia la feria. ¿Necesita algo?
- Hola, Andrés, buenos días. No, amigo, por esta vez no, mi hija vino ayer y me trajo mercadería suficiente para unos cuatro días. Le agradezco su gentileza.
- Bueno, usted sabe que por la bendita pandemia hay restricciones de desplazamiento. Por eso le ofrecemos nuestra ayuda, para que no salga a comprar y no arriesgue un contagio.

- Gracias. Aunque no lo crea, nosotros ya vivimos restricciones mucho más estrictas en el pasado; usted no había nacido, todavía, pero debe haber escuchado algo de eso. Fue para el Golpe de Estado, cuando se acabó la democracia. De un día para otro tuvimos Estado de Sitio y Toque de Queda; nadie podía salir a la calle; cualquiera que desobedeciera era sospechoso de terrorismo y lo más seguro es que lo mataran sin hacer preguntas. Mi esposo trabajaba en una empresa pública y simpatizaba con el gobierno derrocado; tuvo amigos que fueron detenidos y nunca más se supo de ellos. Con ese panorama, imagínese cómo estábamos de intranquilos, no se lo doy ni a mi peor enemigo. Le cuento que mi esposo fue despedido de su trabajo; aunque tenía un comportamiento ejemplar y diez años de antigüedad, no le sirvió de nada; quedamos de brazos cruzados y con Jaimito, nuestro hijo de tres años de edad. Fue muy dura esa época, pero, por suerte, mi madre nos apoyó lo más que pudo. Cuando vimos que conseguir otro trabajo era demasiado difícil, comenzamos a pensar en la posibilidad de emigrar a otro país, al que fuera; estábamos tan desesperados que en ese momento no fuimos capaces de ver otras opciones. Junto a la familia de Gerardo, un ex compañero de mi esposo, comenzamos a realizar trámites en una organización que ayudaba a emigrar. Tuvimos que entregar toda la información que nos pidieron; dos meses después nos citaron a una reunión y en ella supimos que existía la posibilidad de viajar a Venezuela. ¿Qué sabíamos de ese país? Casi nada. Era una incógnita intimidante pero no teníamos otra salida. Nos dijeron que había posibilidades de trabajo y eso hacía la diferencia con nuestra situación; la cesantía es un monstruo que devora tu amor propio, con tal de no sufrirla, aceptas lo que sea como trabajo. Todo eso

inclinó la balanza y nos decidimos a aceptar la propuesta que todavía era sólo una posibilidad. Un mes después nos confirmaron que ese país nos recibiría por razones humanitarias y estaríamos bajo la protección de una organización internacional. No entendíamos mucho, pero había que confiar en lo que venía; nos llenamos de fe y confianza hasta que llegó el día del viaje. Nos fueron a buscar a la casa de mi madre; lo que nunca imaginé fue que esa sería la última vez que la iba a abrazar. Llegamos al aeropuerto y, después de interminables trámites y papeleos, subimos al avión; una sensación especial oprimió mi corazón y me di cuenta que dejaba mi país, mi ciudad, mi familia, mis amistades, todo a lo que estuve ligada por veinticinco años. Tras algunas horas de vuelo, llegamos a Caracas; el clima tropical nos azotó la cara con un viento cálido que nos era absolutamente desconocido. Un grupo de la organización nos tomó a su cargo y nos llevaron a una casa que tenía tantas habitaciones que contarlas era casi imposible. Ocupamos una bastante grande por lo que nos pudimos acomodar con cierta holgura. Ese lugar sería nuestro comedor, cocina y dormitorio por siete semanas; al iniciar la segunda semana, nos avisaron que había una posibilidad de trabajo para mi esposo. Con mucha ilusión, se presentó en la empresa con toda su documentación, pero no fue aceptado; querían un trabajador más joven y no cumplía con ese requisito. Recordamos lo que vivimos en nuestro país cuando quedó cesante y la decepción nos contaminó la mente; comenzamos a maldecir nuestra suerte y nada nos podía conformar. Hasta que llegó la semana siguiente; otro aviso de trabajo nos ilusionó gratamente; el mismo trámite anterior pero esta vez sí fue aceptado. Comenzamos a ver las cosas con más optimismo; muy pronto ya estábamos trazando líneas para

arrendar una casita pequeña para nosotros. Al cabo de tres meses, lo conseguimos; dos dormitorios, cocina, baño, comedor, un pequeño patio y todas las ganas de construir un hogar, como el que tuvimos. Comenzamos, con dificultades, a interactuar con Nicolás, nuestro vecino; la idiosincrasia de los venezolanos era casi un acertijo. Gracias a él, entender el estilo de vida de nuestros vecinos no fue tan difícil; las costumbres, el lenguaje, diferían bastante con las nuestras, pero con buena voluntad y paciencia tratamos de incorporarnos a esta nueva sociedad. Justo cuando íbamos a cumplir tres años de residencia, nació nuestra hija; lleva como nombre, Aurora, porque así se llamaba mi madre. Cuando cumplió diez años, recibimos la última carta de ella. Tres semanas después, mi hermano nos llamó por teléfono y nos comunicó una desgarradora noticia: nuestra madre había fallecido repentinamente debido a un infarto. Vivir un duelo a la distancia es algo que no le deseo a nadie; la falta de contacto directo es demoledora; es lo que nos tocó padecer lejos de nuestro país. Pero la vida continúa y no podíamos desfallecer; nuestros niños nos necesitaban con todas nuestras fuerzas y no les podíamos fallar. Así pasaron los años, nuestros niños crecieron y ya estábamos muy acostumbrados a nuestra nueva vida. Hasta que llegaron noticias de nuestro país; se empezó a abrir la frontera y el regreso, cada día, estaba más cercano. Fue un motivo de mucha discusión familiar; mi hijo era casi un adulto joven, tenía su ambiente social establecido, una relación sentimental en sus inicios con una jovencita muy agradable y estaba comenzando sus estudios en la universidad. Para nada le seducía dejar todo por volver a su país; no sentía cercanía por lo que sucedía en su tierra natal. Costó mucho que entendiera nuestra necesidad de respirar el aire que dejamos hace

más de doce años; no podíamos culparlo, pero llegamos a un difícil pero buen acuerdo y una mañana de agosto pisamos suelo chileno, con todas las esperanzas de aclimatarnos lo más pronto posible. Mi hermana Fresia nos acogió en su hogar, tal como lo había prometido en una sentida carta que nos envió; comenzamos a planificar paso a paso lo que necesitábamos para incorporarnos a una sociedad que era muy distinta a la que dejamos. Pero teníamos una familia que nos ayudaba cuando no sabíamos qué hacer; pronto mi esposo consiguió un trabajo y empezamos a ver las cosas con menos dificultad. Cinco años después, conseguimos un crédito hipotecario el que, sumado a algunos ahorros que trajimos desde Venezuela, nos permitió tener nuestra casa propia. Ya podíamos estar medianamente tranquilos; mi hijo había ingresado a la universidad y le faltaba un año para egresar; Aurora pronto terminaría la enseñanza media y tendría la oportunidad de estudiar en el nivel superior. La vida, sumando y restando, no nos había tratado tan mal. Y los sufrimientos que vivimos, en el tiempo posterior al golpe, dejaron algunas cicatrices, pero jamás los olvidamos. La memoria siempre es necesaria para no cometer los mismos errores; pudimos ser menos soberbios, como sociedad, para que hubiéramos protegido, entre todos, a nuestra democracia. Pero nunca nos dimos cuenta que estaba en peligro; que, si seguíamos por ese camino, la íbamos a perder. Y, la perdimos, con todas las consecuencias que eso acarreo para tantas familias que tuvieron que soportar tragedias insufribles. Pero acá estamos, con mi esposo, tratando de evitar el peligroso contagio del coronavirus; hemos cumplido con las vacunas y nos cuidamos día tras día. Además, tenemos unos vecinos como ustedes y por eso estamos muy agradecidos.

- Para nosotros es un agrado ayudarles dentro de lo posible, sobre todo en estos tiempos de pandemia que nos complican demasiado. Muchas gracias por confiarme su historia de vida, es muy aleccionadora.
- Gracias a ti por escucharme. Y por estar siempre dispuestos a ayudarnos.
- No merecen menos, de verdad.

La semana pasada supe, por una vecina, que el esposo de la señora Paulina se había contagiado con el coronavirus. Está aislado, luchando para recuperarse de la mejor forma y sin grandes secuelas. Confío en que lo conseguirá; nuestra vecina merece seguir muy bien acompañada, con su compañero de vida, por muchos años más.